

# Homilía abril 18, 2021



Homilía del Padre Humberto

DOMINGO III DE PASCUA

(18 de abril de 2021)

En el NT quedaron consignadas varias experiencias de encuentro con Jesús Resucitado; cada una de esas experiencias nos enseña algo sobre cómo puede acontecer el encuentro con el Resucitado. Dichas experiencias se complementan y son apenas una pequeña muestra de las muchas maneras en que Jesús Resucitado se hace presente. La experiencia de encuentro con Jesús Resucitado que hemos acabado de escuchar en el evangelio según san Lucas (Lc 24,35-48) ocurrió en la noche del mismo día que Cristo Resucitó. ¿Qué podemos aprender de esta experiencia?

Primero: Los que estamos reunidos aquí, como comunidad cristiana, escuchando la Palabra de Dios y alimentándonos del Pan Eucarístico, somos como los discípulos de Emaús. Es decir, en algún momento de nuestra vida vivimos una experiencia intensa con Jesús que cambió para siempre nuestra manera de ver y de vivir la vida. Refresquemos hoy la memoria de ese encuentro o de esos encuentros especiales que hemos tenido con el Señor y seamos conscientes del valor de la presencia de cada uno de los que estamos aquí; nuestra presencia en la Asamblea Cristiana es un acto evangelizador; sin darnos cuenta, con nuestra mera presencia evangelizamos,

robustecemos mutuamente nuestra fe, pues cada uno de nosotros es la prueba de que la gracia de Jesús Resucitado acompaña nuestra marcha.

Segundo: La experiencia del encuentro con Jesús Resucitado es una iniciativa de Jesús. Para que el deseo de Jesús de encontrarse con nosotros se haga realidad se necesita nuestro deseo de hacer que Jesús sea parte de nuestra vida; de hecho Jesús se le aparece a estos discípulos “mientras ellos hablaban de asuntos relacionados con el Señor”. No es necesario esperar a tener una fe perfecta para ir al encuentro del Señor. Acercémonos a Él humildemente con nuestras certezas, pero también con nuestras preguntas, nuestros cuestionamientos y hasta nuestras dudas, cuando menos nos lo esperemos se presentará Jesús y nos hará sentir la gracia de su presencia.

Tercero: Desterremos de nuestras vidas el miedo, ese miedo que nace de querer vivir siempre en lo que ya conocemos y nos impide abrirnos a nuevas posibilidades de vida. Contemplemos de frente, con la cabeza en alto la realidad que se presenta ante nuestros ojos para contemplarla tal como es. El miedo de los discípulos a mirar de frente al improvisado visitante, hizo que vieran en su maestro de Nazareth a un fantasma. El miedo que los discípulos tenían era alimentado por la duda. Decidamos vivir la vida con fe, la fe que nos libera del miedo, apropiándonos del estribillo del Salmo Responsorial: “En ti, Señor, confío”. La vida con todas sus eventualidades navega hacia la vida plena, en las manos poderosas y bondadosas del Padre Celestial. Jesús insiste en mostrarle a sus discípulos sus manos y sus pies traspasados por los clavos en la cruz. Aceptemos la realidad de la vida tal como es, no con espíritu de resignación fatalista, sino con un realismo bondadoso que sea capaz abrazar con ternura lo frágil y sepa gozarse hasta el fondo los momentos bellos que la vida nos presente.

Cuarto: Hagamos todo lo posible por tocar a Jesús, de todas las maneras posibles, en la oración, en la contemplación de Cristo Crucificado, en la Eucaristía, en la lectura frecuente de las Sagradas Escrituras, en la obediencia a su mandato del amor. Si lo tocamos cada día, si nos acercamos a Él, Él se hará presente en el momento preciso y de una manera tan extraordinaria que nosotros ni siquiera nos la habríamos imaginado.

La prueba de que nos hemos encontrado con el Resucitado consiste en que cumplimos el mandato de su amor (Segunda Lectura 1 Jn 2, 1-5). Nos daremos cuenta que hemos encontrado verdaderamente al Resucitado, cuando sintamos que

no nos dejan tranquilos los sufrimientos que padecen millones y millones de crucificados en todos los rincones del planeta. Resucitados a vida nueva por el encuentro con el Resucitado seremos testigos de la vida nueva proclamando con nuestra vida, con nuestras obras y también con nuestra voz: que volver nuestro rostro hacia Dios, convertirnos al Señor